

Homilía de Natividad del Señor

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“La Palabra era la luz verdadera.”

Introducción

La Navidad, con toda su fuerza, su colorido y alegría nos evoca casi espontáneamente las reuniones familiares, la expresión de nuestros mejores deseos de paz y de felicidad para todos nuestros seres queridos y para todos nuestros conocidos; y a veces también nos produce tristeza al recordar a los que ya no están con nosotros. Pero no podemos dejar de lado el motivo fundamental de esta celebración: el Nacimiento del Hijo de Dios. Este misterio, como todos los misterios de la vida de Cristo, tiene fundamentalmente un significado salvífico, expresado de múltiples maneras a lo largo de la historia de la Iglesia. Refiriéndose al censo que decretó hacer en aquel tiempo el emperador Augusto, según cuenta el evangelio de san Lucas, San Efrén decía que en los días de ese rey que censó a los hombres, el Señor descendió del cielo para censar a los hombres en el Libro de la Vida; el Señor fue inscrito sobre la tierra y él nos inscribe a nosotros en el cielo. Es importante tener en cuenta también las circunstancias elegidas por el Hijo de Dios para entrar en este mundo. Como alguien decía, no basta con afirmar que el Hijo de Dios se hizo hombre, hay que señalar también que se hizo pobre. Ciertamente, quiso nacer entre los más pobres de la tierra, para hacerse accesible a todos. Quien así se presenta ante nosotros nos pide ser acogido en nuestra vida como condición indispensable para transformarla y para transformar la historia humana.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregonar la justicia, que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Salmo 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R/. El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R/. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 1, 1-6

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»; y en otro lugar: «Yo seré para él un padre, y el será para mí un hijo»? Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que

creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Pautas para la homilía

La Luz se hizo carne en Jesús

En la misa del día de Navidad se nos invita a meditar el prólogo del Evangelio de san Juan. Se dice que fue tan grande la devoción de los fieles a este pasaje, que llegaron a honrarlo como una reliquia y a valerse de él como si se tratara de un sagrado talismán. Hacia el siglo XII comenzaron a recitarlo algunos sacerdotes, por pura devoción, mientras volvían a la sacristía y se quitaban los ornamentos. Luego, a causa del ruego de la gente, sobre todo de las mujeres devotas, consintieron en recitarlo en el altar, primero en voz baja, y luego en alta voz, hasta que por fin, san Pío V lo incorporó definitivamente a la misa; de modo de que antes de la última reforma litúrgica la Eucaristía concluía siempre con la lectura de este profundo pasaje evangélico.

Es de los pocos pasajes del Nuevo Testamento que afirman claramente la divinidad de Jesús.

Puede parecer extraño que el evangelio escrito por el discípulo amado, el que recibió a María entre lo suyo cuando Jesús expiró en la cruz, no nos hable ni de la concepción virginal, no de su nacimiento terrenal ni de su infancia. Una de las razones que se dan de esto es que cuando se escribió este Evangelio era necesario reaccionar contra el fariseísmo culto, que despreciaba a los cristianos porque los consideraba gente inculta. El evangelista responde a esta crítica ofreciéndonos una reflexión profunda sobre el misterio del Salvador. Y para decirnos quién es Jesús no se detiene en su nacimiento terreno, sino que se remonta a su origen eterno.

A leer este pasaje en el día de la Navidad, se nos invita a interpretar este misterio como un misterio de Luz. Ciertamente, en Jesús la Luz se hizo carne.

Dios es Luz sin tiniebla alguna

La metáfora de la luz recorre toda la Escritura y se aplica con un sentido especial a Dios. Así, el Sal 27, 1 canta diciendo: «Yahvé es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» Dios es la luz que no conoce ni sombra ni ocaso. También su Ley, su Sabiduría y su Palabra son luz porque iluminan el camino que conduce hasta Él. «Dios habita en una luz inaccesible» (1 Tim 6, 16). O como dice la primera carta de san Juan: «Dios es luz, en él no hay tinieblas. Si pretendemos estar en comunión con él y caminamos en las tinieblas, mentimos y no hay verdad en nosotros, pero si caminamos en la luz, estamos en comunión unos con otros y la sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado» (1, 6-7). Uno esperaba que san Juan concluyera diciendo que si caminamos en la luz estamos en comunión con Dios; pero, la caridad, por ser una sola, hace que estar en comunión con Dios y con los hermanos sea la misma cosa.

Se comprende la elección de la imagen y la experiencia de la luz, que penetra todo, para expresar la experiencia humana del encuentro con Dios. Pero la diferencia con la luz física está en que la Luz que es Dios necesita ser acogida por nosotros.

Dios es como una luz para quien pone su fe en Él.

En los tres primeros Evangelios la luz es el bien, mientras que las tinieblas son el mal, la mentira, el egoísmo y toda malicia. La luz es también la perspicacia, la lucidez, la previsión en todo lo relacionado con la salvación; mientras que las tinieblas simbolizan la ceguera espiritual y, sobre todo, la obstinación en esa ceguera, que comienza por no querer ver el bien ni reconocer al Mesías en la persona de Jesús.

En las curaciones de ciegos que Jesús realizó, además de la ceguera física, quiere destruir una ceguera más dañina. Recobrar la vista supone también sacrificar los puntos de vista estrechos.

La Luz que es Jesús nunca deslumbra ni ciega, como ocurre con otras luces. También el tentador se disfraza de ángel de luz para mejor arrastrar al fondo de las tinieblas. Pero esas falsas luces contaminan la vida y acaban entristeciéndola. En cambio, Jesús es Luz que alegra la vida.

Los suyos no la recibieron

En el cuarto evangelio la luz y las tinieblas representan dos esferas de la existencia, tanto personal como comunitaria, que se caracterizan, ante todo, por la relación con la persona y la obra de Jesús. Caminar en la luz es seguir a Jesús, acogerle, tratar de conocerle, observar sus mandamientos, en definitiva, creer en él. Y ver a Jesús es ver al Padre, entrar en la esfera divina, en la esfera de la luz. En cambio, las tinieblas son el rechazo de Jesús.

Como en el relato de los magos, también en el prólogo del Evangelio de san Juan aparecen dos bandos, dos familias espirituales contrapuestas: los que acogen al Verbo, a la Luz, y los que lo rechazan; los que permanecen fieles a sus palabras y se convierten en sus discípulos, y conocen la verdad que les hace libres, y los que buscan por todos los medios destruirle. La pasión planea en el prólogo del Evangelio de san Juan como en los relatos de la infancia de los otros evangelistas.

Navidad nos urgen una opción existencial en la que nos va la vida: acoger la Luz que viene a iluminar nuestra existencia, a sanarla y transformarla, o rechazarla para vivir en las tinieblas y sombras de muerte.



Evangelio para niños

Natividad del Señor - 25 de diciembre de 2012



Nacimiento de Jesús

Lucas 2, 1-14

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo de mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió a la ciudad de Nazaret en Galilea a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó: La gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: - No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo, hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: - Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

Explicación

Os traigo una noticia estupenda: hoy, en Belén, os ha nacido un niño, llamado Jesús. Es Dios con nosotros. Y la señal por la que le conoceréis es que está envuelto en pañales y acostado en un pesebre. No os extrañe oír canciones con esta letra: "Paz en la tierra a las personas que Dios ama y alegría grande para Dios en el cielo".